

Sobre las limitaciones historiográficas del primer carlismo

Pere Anguera

1. El lastre de la tradición

La historiografía del carlismo, que en los últimos años ha recibido un notable impulso, se mantiene aún en buena parte en la penumbra a pesar de los nuevos conocimientos sobre su origen, desarrollo y estructura social, debido a que los trabajos clásicos continúan lastrando su estudio, con dos grandes limitaciones de base.

La primera es la confusión terminológica que encubre la palabra, como ya señaló I. Aróstegui en 1970 ¹. ¿Qué es el carlismo, a qué o a quién se refieren los textos que utilizan este concepto? Es evidente que una supuesta corriente ideológica que se mantiene como mínimo entre 1833 y 1977, es decir, a lo largo de un siglo y medio, no puede ser un movimiento unívoco no sólo por la pluralidad de etapas en que subsiste, por la pluralidad de dirigentes o por la confusa trama de ambiciones y justificaciones de las bases, sino también porque, a menudo, los dirigentes y militantes que conviven en los mismos años y lugares no comparten más elementos de identificación que el nombre del partido, y llegan a estar en las antípodas ideológicas liquidando violentamente sus diferencias. Su propia longevidad refleja la escasa solidez ideológica. El ejemplo más reciente de las contradicciones internas es el enfrentamiento de Montejurra en 1976 entre los seguidores del pretendiente Carlos Hugo, que se proclamaban socialistas autogestionarios ², y los de su hermano Sixto, situado en el extremo

¹ ARÓSTEGUI, J. *El carlismo a Lavés y la primera guerra civil de 1870-1876*. p. 241.
BORBÓN-PARMA, Carlos Hugo de. *Qué es el carlismo*. Barcelona, 1976.

más beligerante e irracional de la derecha. La división venía de lejos, como venía también la conversión del carlismo, si es que alguna vez fue una corriente ideológica cohesionada y mínimamente homogénea, en un conglomerado de pensamiento etéreo de amplios resabios popularizantes. La misma denuncia puede formularse contra cualquier corriente de larga tradición, sea la socialista o la republicana, pero, ni aun citándolos para dar abolengo a sus orígenes, ni los republicanos se presentan como continuadores lineales de Xaudaró; ni los socialistas, de Monlau. En cambio, los carlistas, como mínimo algunos sectores, todavía organizan homenajes a guerrilleros de la primera guerra o de la tercera y se enorgullecen de sagas familiares cuyos antepasados combatieron en 1823, en 1827, en los años treinta, con los Matiners, en los años setenta y sus últimos descendientes armados lucharon aún en el tercio de Montserrat contra la segunda república. Ello refleja una fidelidad acrítica³ por tradición familiar. Tosep Fontana señaló hace algunos años la necesidad, para los años iniciales, «de distinguir entre el *partido carlista* --el núcleo de cortesanos, militares, eclesiásticos y otra gentuza que se organizaron para luchar por un cambio político en España- y, por otro lado, las masas campesinas que les seguían en su lucha por el enemigo común 4.

La segunda es el escoramiento ideológico de la mayoría de trabajos, presente en grado máximo en toda la deleznable jungla de apologías que se multiplicaron hace cuarenta o cincuenta años y que se transmite a menudo a obras de mayor ambición. La lectura aberrante y lineal, que surge de los autores decimonónicos, subyace en obras mucho más recientes, contagiadas en su interpretación por los tics distorsionadores heredados del pasado. Payne habla del *carlismo campesino y reaccionario*⁵; Hobsbawn califica sus seguidores de *clericales*, partícipes de *movimientos de base popular (...)* *antiliberal católica*, con lo que prima el carácter filoeclésiástico⁶; Tuñón de Lara, los ve como una conjunción de *nobles y campesinos (que)* *representan todos una sociedad arcaica*⁷. Para Vicens Vives, el car-

³ El presunto foralismo carlista se contradice con su actuación en 1936, contra el proceso autonómico republicano, fórmula modernizada de los viejos sistemas forales.

⁴ FONTANA, J. «Crisi camperola i revolta carlina», a *Requerques*, 10. Barcelona, 1980, pp. 7-16. La cita en p. 8.

⁵ PAYNE, S. G. *Los militares. Y la política en la España contemporánea*. París, 1968, p. 4.

⁶ HOBSBAWN, E. J. *Las revoluciones burguesas*. Barcelona, 1987, pp. 204 Y 214. En la p. 283 insiste en que «la iglesia, el rey y un tradicionalismo tan extremado, que ya resultaba extraordinario a principios del siglo XIX, inspiraron las guerrillas carlistas (...) en sucesivas guerras civiles». Curiosamente, en la última cita, no incluye a Cataluña en la lista de territorios afectados.

⁷ TUÑÓN DE LAHA, M. *La España del siglo XIX*. Barcelona, 1973, p. 78.

Sobre las limitaciones historiográficas del primer carlismo

*lismo sería el movimiento armado del catolicismo español, intransigente con cualquier novedad espiritual*⁸.

Hasta fecha muy reciente, la historia del carlismo era básicamente un conjunto de narraciones de los principales episodios bélicos, memorias y biografías, más o menos noveladas, de dirigentes, inspiradas en la necesidad justificativa-apologética, o bien panfletos divulgativos de cariz hagiográfico, frente a los que se sitúan las obras de corte liberal que sólo se distinguen de las anteriores por la inversión de los conceptos maniqueos, sin llegar apenas a plantearse los componentes políticos profundos, ni los sociológicos. Es decir, se trataba de obras limitadas por un fuerte componente militante o ideologista. Había descripción, pero se rehúsa el análisis. Parte de las limitaciones derivaban de las fuentes utilizadas que no permitían una aproximación más esmerada a las raíces de la movilización, a quienes eran los militantes carlistas y por qué¹⁰ eran. La mayoría de los combatientes de base procedían de las denominadas clases populares con una formación muy limitada que les dificultaba la posibilidad de dejar testimonios escritos de vivencias y reivindicaciones, no tanto por tratarse de analfabetos absolutos, como por la escasa preocupación de dejar constancia por escrito de su visión de los acontecimientos históricos y por la falta de interés, que sí tenían otros sectores sociales, por producir documentos que justificasen sus actuaciones cara al futuro. A pesar de ello debe plantearse si los testimonios de los combatientes de a pie son inexistentes o nos son desconocidos. Es decir, no se conocen porque no se elaboraron o si existen su localización no es la tradicional en archivos históricos al uso y deben rastrearse en lugares más próximos a su redacción, en colecciones particulares o en posesión de sus descendientes por caseríos o masías. Testimonios inmediatos de esa índole han de permitir una visión del porqué del carlismo mucho más cercana a la percepción sentida por los protagonistas y creo que en general mucho más elemental de la que se puede sustentar a partir del análisis de los datos y pistas facilitados por otras fuentes. Que existen¹⁰ demuestra un texto publicado hace años, las memorias del alcalde de Roa⁹, descubiertas por puro azar, como por azar yo mismo he podido localizar los testimonios de dos carlistas catalanes: un combatiente, hijo de sastre rural, que en forma de poema ensalza los realistas y denigra los liberales¹⁰, y la crónica fa-

⁸ VICENS, J. (dir.). *Historia social y económica de España y América*. V. Barcelona, 1974. p. 300.

⁹ LAZO, S. (ed.). *Memorias del alcalde de Roa. Don Gregorio González Armniz, 1788-1840*. Madrid, 1935.

¹⁰ ANGUERA, P. «La guerra dels Set Anys segons un sastre carlí, a pagès», a *Revista de Catalunya*, 38. Barcelona, 1990. pp. 34-46. ANGUERA, P., y SILINYER, M. (eds.).

miliar, apasionante y desgarrada del hijo de un artesano urbano arruinado combatiente en la primera guerra ¹¹. Si la documentación carlista conservada en archivos familiares ha sido infrutilizada, no mejor suerte ha tenido la depositada en los públicos, sean municipales, nacionales o de otras instituciones.

2. Las cuestiones pendientes

Todo ello comporta un inaplazable replanteamiento en profundidad de la cuestión carlista. El primer elemento a tener en cuenta es la simultaneidad del origen del carlismo con diversos movimientos europeos, coincidente en encuadrar como base de la protesta contra las propuestas liberales masas de origen campesino, situadas al margen o marginadas, por la transformación capitalista ¹². La ascensión del capitalismo y las revoluciones liberales comportaron la aparición de una tipología de conflictos sociales hasta entonces inédita, que no se limitan a los de origen agrario (centrados en los problemas derivados de la confusa frontera de los derechos territoriales y/o jurisdiccionales y su traducción en la nueva situación jurídica; en el tránsito de una economía basada en la autosuficiencia a una de mayores horizontes de mercado que exigía el incremento de excedentes comercializables; en la reconversión de las fórmulas de distribución de las rentas; en la modificación del marco jurídico y las transformaciones de la titularidad de la propiedad de la tierra, tanto la de mano muerta como las comunales), sino que se extiende a los sectores artesanales; sobre todo a los que fueron incapaces de superar el reto de la transformación del antiguo esquema de producción en capitalismo industrial, que conllevaba la irremisible proletarización de amplios sectores de la sociedad urbana o paraurbana, entendiéndose por esta última la de las pequeñas capitales comarcales, situadas en la frontera entre el pueblo y la ciudad propiamente dicha, a pesar de que estos artesanos oscilaron en su evolución política entre el realismo puro y el republicanismo. El carlismo tiene como elemento diferenciador de los otros fenómenos europeos su larga pervivencia temporal, que le con-

Diversió de realistes i desengany de lliberals. Publicacions de l'abadia de Montserrat, 1991, en prensa.

¹¹ TORNÉ DOMINCO, F. *Los veinte años de inscripción*, edición y prólogo de P. Anguera, Centre d'estudis comarcals Josep Iglésies. Heus, 1990.

¹² Como visiones útiles y recientes remito a los artículos F. della Peruta, I. Davis, C. Dipper, B. Fritzpatrick, N. G. Monteiro, con la bibliografía en ellos citada, en FRADERA, I. M., MILLAN, J., GARRABOU R. (eds.). *Carlisme i moviments absolutistes*. Vic, 1991. pp. 59-150.

vierte en un elemento condicionante de toda la historia de España a lo largo del siglo XIX, con chispazos más esporádicos en el XX, como la participación en la sublevación militar de 1936.

Diversas interpretaciones del carlismo proponen su identificación más o menos amplia con el protonacionalismo/nacionalismo al insistir en su defensa o vindicación de las estructuras forales. Una reflexión a abordar es la de si es correcta la identificación del foralismo con el nacionalismo, planteándose si en realidad el foralismo no era más una expresión de clase que de nación, sabiendo que los regímenes forales en vigor en 1833, como los entonces ya abolidos, eran altamente elitistas en su funcionamiento. Si la foralidad equivalía al mantenimiento de un reducido núcleo de privilegiados en el poder, suponer que el pueblo tenía interés en garantizarles el monopolio es reducirle una vez más al seguidismo alienado que habitualmente se le atribuye. En cambio sí resulta lógico que esta defensa estamental fuera propulsada por sus beneficiarios, como se pone de relieve en el protagonismo de los jautxos vascos, aunque sea en el País Vasco donde la defensa del foralismo cuajó con mayor profundidad en el sentimiento popular, al comportar unos impuestos menos gravosos, la exención del servicio militar y una reducción del coste de la vida. Los sectores populares debían ser mucho más contundentes en sus planteamientos, como se intuye en la noticia publicada en un periódico madrileño, *El Corresponsal*, en 1841, donde se afirmaba que diversos cabecillas catalanes refugiados en Francia *están decididos a renovar los horrores de la guerra civil (...), pero no a favor de don Carlos, a quien detestan (...), sino en favor de lo que ellos llaman independencia de Cataluña*¹³, sin que la acompañe ninguna reivindicación historicista. Surge aquí un nuevo problema. ¿Cuál era la actitud de los dirigentes liberales frente a la ahora denominada cuestión nacional, sin discutir su innegable jacobinismo? Los liberales catalanes reclamaban para sí, ya en 1822, el protagonismo de la recuperación de las libertades abolidas *por el antisocial derecho de conquista* de Felipe V, pues con su propuesta *renacían, por decirlo así, con mucha usura y mejora los antiguos fueros y libertades de la provincia*¹⁴. Al mismo tiempo, entonaban cantos apasionados, con una retórica muy similar a la usada después por los románticos y el nacionalismo conservador de raíz carlista, a la antigua estructura legal no porque quisieran su restablecimiento mimético, sino porque veían en las nue-

¹³ Reproducido en SÁNCHEZ ACOSTA, F. *Carlins i liberals a Catalunya (1840-1850)*. Sallent, 1990. p. 10. En cursiva en el original.

¹⁴ MUNS, H. *Breve noticia de las tareas y ocupaciones más importantes, en que se ha ocupado la Diputación Provincial de Cataluña desde 6 de junio de 1820 hasta 28 de febrero de 1822*. Barcelona, 1822. p. 74. En cursiva en el original.

vas libertades burguesas, las sucesoras lógicas, de acuerdo con el sentido dinámico de la historia, de las ya obsoletas por desfasadas en el tiempo y en el sentir social. Si una facción de los carlistas catalanes esperaron a la derrota y a 1841 para proponer una actuación independentista, los liberales (si de liberal puede calificarse a Llauder) se la habían planteado mucho antes. En octubre de 1833 un comisionado de Llauder sondeó ante autoridades militares francesas de la frontera sobre cuál sería la reacción de su Gobierno ante la posibilidad de que Cataluña se declarara *en independència* para forzar a la regente a implantar un régimen mínimamente liberal ¹⁵. La posibilidad independentista flota sobre otra documentación de la época. Ya sé que la propuesta liberal obedecía a otros dos motivos que al estricto nacionalismo: la presión política sobre el Gobierno y la mayor eficacia de la gestión militar. El simple planteamiento al gobierno francés indica que no se trataba de una pura especulación teórica, y en cualquier caso, ¿por qué se ha de dar mayor credibilidad al discurso absolutista que al liberal, cuando los dirigentes del antiguo régimen no habían hecho el menor gesto mientras detentaron sin trabas el poder? Que, en la guerra de los Matiners, se intentara utilizar la reivindicación foral como banderín de enganche, aunque fuera posiblemente por influencia de los republicanos, indica sobre todo que el sentir nacional era más una aspiración o un recuerdo, por etéreo que fuese, del sentir popular, que no parte integrante de un programa político asumido y razonado. En contra de la justificación filoforalista del carlismo puede también citarse, como recuerda V. Fernández, que la abolición de la foral Junta General del Principado de Asturias, en 1834, no provocó la menor oposición popular ni auténticamente elitista, como tampoco la utilizaron los dirigentes carlistas para incrementar la agitación. Tampoco en Galicia aparecen en este período reivindicaciones forales.

Se impone así mismo un necesario análisis cualitativo y cuantitativo de los combatientes. Parece ya indiscutible que el campesinado nutrió de forma esencial las filas del carlismo. En ello coinciden diversos indicadores. Pero también lo hizo el artesanado empujado a la proletarización o al paro forzoso, confirmando con ello la tesis de I. Fontana ¹⁶ de que la geografía del carlismo obedece más al empobrecimiento que a la pobreza. No en vano dos de las zonas con mayor actividad carlista son Cataluña y el País Vasco, pioneras en la

¹⁵ Agradezco a Mercè Torda la noticia proveniente de los papeles del archivo Llauder.

¹⁶ FONTANA. *Op. cit.* p. 15. Véanse también sus lúcicas reflexiones sobre el tema a *La fi de l'antig regim i la industria Lització*, 1787-1868. Barcelona, 1988. pp. 269-273.

transformación de las relaciones económicas en España. En Cataluña dos hechos demuestran la importancia de la presencia del artesanado en las partidas. Las zonas de mayor virulencia fueron precisamente aquellas que habían contado con una importante industria tradicional (el Bergadá o el Priorat) y aquellas con una incipiente industrialización al nuevo estilo (el Baix Camp) que desbancaba la estructura anterior, aunque la misma tipología han detectado con matizaciones V. Fernández para Cantabria, y J. Agirreazkuenga y J. M. Ortiz para el País Vasco. Las alocuciones de Llauder, mientras ocupa la capitánía general en los primeros años del conflicto, y las lamentaciones de la Comisión de Fábricas, señalan reiteradamente la relación directa de la crisis fabril con el incremento de las partidas. A mayor número de fábricas cerradas, según sus dueños por la tolerancia del gobierno con los contrabandistas, corresponde una resurrección con nuevo ímpetu del carlismo. Cada tejedor enviado al paro era para ellos un faccioso en potencia. Parece lógico que jornaleros agrarios que veían mermados sus ingresos por las malas cosechas o por las transformaciones del sistema de explotación y por la crisis de la industria rural o la domiciliaria, y los trabajadores industriales privados de sus salarios, se incorporasen a sueldo a las partidas, pero ello no implica necesariamente una comunión plena con la ideología para la cual, más que combatir, trabajaban.

A los miserables de nuevo o viejo cuño han de sumarse todos aquellos que vivían ya en la marginalidad delictiva o eran empujados a ella. Como sucede en todas las guerras, especialmente las civiles, la lucha supone una inesperada cobertura ideológica y un amparo a las acciones de los situados al margen de la ley. Una cantidad importante de bandoleros, contrabandistas y pordioseros se sumaron a las huestes carlistas, contribuyendo con su presencia a distorsionar la imagen política, favoreciendo el bautizo como latrofaciosas de las huestes de don Carlos, ¹⁰ que comportaba la homologación como combatientes de los bandidos y la consideración de bandidos de los facciosos puramente ideológicos. La imagen publicitaria que sirvió en su origen para descalificar a los oponentes, enturbia ahora su componente sociológico. Ello se hace evidente en el caso catalán. Las órdenes de captura dictadas por el capitán general, que era a la vez superintendente de policía, metían en el mismo saco a carlistas puros y delinquentes comunes.

Los carlistas han sido acusados sistemáticamente de practicar un bandillaje salvaje imponiendo exacciones, practicando secuestros o saqueando pueblos. Las acusaciones son ciertas y ampliamente documentadas, pero la veracidad de los hechos no es óbice para analizar la actuación con mayor equidad. ¿Qué diferencia real percibían

las víctimas entre las exacciones impuestas por los carlistas y las provenientes de las tropas liberales, reiteradamente denunciadas por las autoridades municipales o provinciales, como las catalanas, que acusan a las tropas de vivir sobre Cataluña como si se tratara de un país ocupado? ¿Qué diferencia hay entre el secuestro a cambio de un cuantioso rescate llevado a cabo por las partidas y la amenaza de prisión con que los liberales exigen el pronto pago de diversas contribuciones extraordinarias? ¿Qué diferencia entre el saqueo de la localidad por un cabecilla o la requisita por un oficial del ejército regular? A menudo la diferencia proviene más de la fuente que del vocabulario utilizado por el impositor, mientras que los efectos eran idénticos y las posibilidades de resarcirse igualmente remotas, sin olvidar que el ejército había sido utilizado tradicionalmente como elemento de coacción sobre los municipios morosos, con el castigo complementario de la obligatoriedad de mantener a los cobradores.

Solamente en los últimos años se empieza a desbrozar la sociología del carlismo, con trabajos que se dedican al enervante, pero imprescindible, recuento numérico y nominal de los combatientes, aportando, cuando la documentación lo permite, información sobre su edad, estado civil y profesión. Un estudio pionero fue el de M. F. Castroviejo para Galicia. Según Castroviejo, el 39 % eran labradores; el 20,4, hidalgos rurales; el 13,3, clero; los jornaleros, el 5,1 y el artesano, el 6,5 %¹⁷. En el caso catalán de los combatientes localizados hasta mediados de 1835, el 42 % eran labradores o jornaleros agrícolas, el 13,45 % eran tejedores o practicantes de oficios vinculados a la industria textil, mientras los eclesiásticos representaban el 5,09 %¹⁸. En Santander el bajo campesinado representaba el 83,40 %; los hidalgos, el 8,2, y las clases bajas urbanas, el 5,2¹⁹. Según una muestra pamplonesa el 46,58 eran peones artesanales; el 12,51, jornaleros agrarios, y el 10,14 personas vinculadas a la administración²⁰. Para el País Valenciano, sin dar estimaciones porcen-

¹⁷ CASTHOVIEJO, M. F. *Aproximación sociológica al carlismo gallego*. Madrid, 1977. p. 156. BAHHEIHO, J. H. *El Carlismo gallego*. Santiago de Compostela, 1976. p. 155-156, ofrece una estratificación mucho más discutible al integrar en un solo bloque a comerciantes, artesanos y taberneros.

¹⁸ ANGUERA, P. «Components i algunes motivacions del primer earlisme català», en prensa a las actas *Moviments populars contra el poder de L'estat*.

¹⁹ SÁNCIEZ, M. A. *El primer carlismo montañés: aspectos sociales y localización geográfica*. Santander, 1985. p. 33. Ver también FEHNÁNDEZ, V. *Carlismo y rebeldía campesina*. Madrid, 1988. pp. 49-50.

²⁰ PAN-MANTOJO, J. L. «El ejército carlista en Navarra». *Aportes*, 4, 1986. p. 17. Id. p. 16, «un 50 por 100 de los carlistas de esta ribera eran jornaleros». Otras informaciones PAN, J. L. «Las bases de carlismo navarro: 1833-1839». *I congreso de historia de Navarra de los siglos XIII-XIX y XX*. n.º 23-36.

tuales, I. Millán destaca también la participación artesanal en las partidas ²¹. La falta de sintonía terminológica en los diferentes estudios, derivada de la dispar sociedad sobre la que inciden, dificulta una síntesis general. Pero el principal problema deriva de la ambigüedad terminológica. Hablar de campesinos como si fueran un todo homogéneo comporta aceptar que constituían una categoría social sin fisuras, cuando las diferencias internas, incrementadas por las características socio-contractuales de los distintos territorios, podían ser enormes. Para lograr una mayor precisión es necesario establecer una definición de los conceptos utilizados y, naturalmente, sumar a las noticias estadísticas una buena información sociológica. Con ellas será posible la necesaria corrección ponderada que refleje la auténtica incidencia social, para dilucidar, por ejemplo, si la mayor presencia de gente del campo se debe únicamente a que constituían la mayor parte de la población, o si realmente su participación relativa es superior a la de otras actividades. En los estudios cuantitativos, para establecer los índices de participación, debe evitarse la deducción de los porcentajes sobre la población total, que se traduce en unos índices irrisorios. El cálculo debería hacerse sobre la cuarta parte de la población, prescindiendo de las mujeres, que representaban cerca de la mitad del censo, así como de los niños y ancianos, de forma que el resultado sólo contemple la población con posibilidad de participar en el combate. Una idea aproximada la ofrecen los reemplazos de la inmediata posguerra, publicados por Madoz en su diccionario, aunque éste resulte limitado al contemplar sólo los mozos en estricta edad militar, cuando en la guerra participaron también los de edades inmediatas, por lo que cabría multiplicar su cifra por dos.

Es preciso, en tercer lugar, investigar quiénes fueron los motores-reclutadores de las partidas. Se ha insistido en el protagonismo de los hacendados locales y de los clérigos. Ni que diversas fuentes confirmen la veracidad de estas afirmaciones, no se encuentra la respuesta indiscutible que justifique el porqué y el cómo de este liderazgo. Se insiste en el papel de primer orden jugado por la iglesia (confirmado por la retórica y la imagería religiosa de las proclamas), y en la reiteración de los carlistas en presentarse como adalides de la defensa de la religión como nexo aglutinador de la sociedad y creadora del modelo de vida. La religión actuaría además como amortiguadora de los conflictos generados por los contrapuestos intereses

²¹ «Els militants carlins del País Valencià central. Una aproximació a la sociologia del carlisme durant la revolució burgesa». *Recerques*, 21. Barcelona, 1988. pp. 101-123. Para Aragón las cifras más limitadas que ofrecen ASÍN, F. *El carlismo aragonés 1833-1840*. Zaragoza, 1983, pp. 43 y 95 Y ASÍN, F.-BULLÓN DE MENDOZA, A. *Carlismo y sociedad 1833-1840*. Zaragoza, 1987. pp. 31-33.

interclasistas. Esto es cierto, pero diversas cuestiones aparecen sin resolver. Por ejemplo, la supuesta sumisión ideológica a la Iglesia se contradice con la reiterada negativa a pagar los diezmos, presente ya en la guerra napoleónica. Hace falta explicar por qué la Iglesia, incapaz de convencer a los campesinos para que cumplan sus obligaciones fiscales, es capaz, en cambio, de lograr que empuñen las armas en defensa de una causa que no era propiamente suya. Como también cabe cuestionar el grado de cristianización de la sociedad -antes de las campañas de catequización emprendidas a mediados de siglo, de las cuales es un ejemplo paradigmático el padre Claret-, porque una cosa es que los pueblos compitieran para ver quién construía la iglesia de mayor capacidad, o los gremios para ver quién lograba la capilla más suntuosa, y que se diera una epidérmica religiosidad aparatosa, heredera de las fórmulas externa del barroco, y otra muy distinta que la religiosidad, y con ella las palabras de sus propagandistas, fuera asumida plenamente. La contradicción entre religiosidad oficial aparente y creencia religiosa asumida y vivida, a pesar de la falta de estudios en profundidad, era mucho más notable de lo que habitualmente se supone, sin que ello impidiera los temores atávicos ante la muerte o en momentos de peligro extremo. Las descripciones del estado físico de los templos o del cumplimiento de los preceptos pascuales, conocidos por los libros de visitas pastorales, no reflejan en absoluto una práctica religiosa consciente; sugieren una notable laicización de la vida cotidiana. Abundan los párrocos que yacen en la miseria, los templos medio abandonados con suciedad y riesgo de hundimiento, los expósitos y los casos de comportamiento moral al margen de la católica, las disputas de los párrocos y sus feligreses sobre la edad en que los hijos deben recibir los sacramentos para evitar que tengan la categoría de cuerpo y abaratar, si mueren, los costes de los oficios fúnebres. Tampoco aparece clara la simpatía que despertaba el clero entre el campesinado, cuando parte de éste había sido desposeído de sus tierras a lo largo del siglo *XVII* para liquidar los créditos recibidos de instituciones eclesiásticas y cuando se acusaba a los párrocos de forzar testamentos favorables a la Iglesia en detrimento de los intereses familiares, aprovechándose de sus facultades notariales o de su influencia sobre los moribundos. ¿Tenían, pues, estos eclesiásticos la fuerza de presión moral que se les supone? Una cuestión parecida plantea la nobleza menor, titulada o sólo detentadora del privilegio militar, y con ella los terratenientes equiparables por riqueza, protagonismo o presunción social. Todos ellos con la liquidación del viejo régimen veían hundirse su protagonismo centrado en el monopolio de los resortes del poder político y económico. Pero es difícil de imaginar, y más aun de justificar, que

los jornaleros y el campesinado pobre, junto con los artesanos empobrecidos, se lanzaran al monte para defender sus privilegios con las armas, cuando algunos de ellos actuaban como prestamistas usuarios. Si es cierto que clérigos y notables locales tenían en sus manos herramientas de presión para forzar a seguirles en el combate, también lo es que difícilmente el pueblo ignoraba que eran sus enemigos de clase o de intereses más inmediatos, y que, por tanto, luchaban para consolidar a sus verdugos. En este sentido serían interesantes estudios que investigasen a largo plazo el conjunto de reacciones en una sociedad limitada, observando el cambio o el mantenimiento de toma de posición, según el estamento, en los sucesivos conflictos civiles. Si en la primera guerra un pueblo se manifiesta hegemónicamente carlista siguiendo el ejemplo de los notables, ¿qué sucede en los siguientes conflictos una vez incorporados los notables a los moderados, por evolución ideológica simple, por observar que en el nuevo ordenamiento jurídico mantenían su estatus, para esquivar el riesgo, por haber incrementado su patrimonio con algún bien desamortizado o por constatar que las elecciones censitarias les garantizaban la continuidad en el monopolio político? ¿Segue entonces el pueblo en las filas carlistas, se alinea con los liberales o mantiene una actitud de displicencia ante ambas facciones? Y si se mantiene fiel a la primera opción ¿quién es su impulsor y con qué estímulos, o en caso contrario, a qué se debería la ruptura de la antigua solidaridad interestamental? Más razonable puede ser buscar como nexo de unión entre los sectores populares y los dirigentes carlistas un código mental y cultural común, que se podría traducir en unos valores éticos compartidos, como la mitificación del pasado lejano con un rey justiciero y sensible.

En los primeros movimientos antiliberales del Trienio, como han demostrado para Cantabria V. Fernández y para Navarra R. del Río, el seguidismo popular no se produjo a pesar de haber sido instigado por la pequeña nobleza y el clero rurales. En cambio parece producirse en 1833. Causante del cambio de actitud podría ser la disolución del cuerpo de Voluntarios Realistas, que durante la Década habían encuadrado, como señalan mordazmente los liberales, los sectores más depauperados de la sociedad. Los Voluntarios fueron uno de los primeros motores de la rebelión carlista. La justificación estribaría en el hecho de que los Voluntarios habían obtenido durante diez años un salario seguro, un protagonismo público, una posibilidad de actuación impune contra la burguesía rica, acusada de liberal, que transformaba la afrenta en un acto legal, y una tradición de disciplina y obediencia con los que luego les empujaron a alzarse contra la reina. Estaban, pues, acostumbrados, quizá también agradecidos, a

acatar las órdenes de los futuros cabecillas, que les habían permitido ejercicios de arrogancia y garantizado la subsistencia, sacándoles del arroyo para dotarlos de un cierto reconocimiento público. La reacción de los Voluntarios ¿habría sido la misma si en lugar de disolverlos y desarmarles, con la triple pérdida de jornal, uniforme y prestigio, se hubiera optado por su reconversión, con los cambios necesarios en la dirección del cuerpo, manteniendo a la base en sus prerrogativas y ganancias? El planteamiento puede parecer una *aberratio*, pero denuncias liberales catalanas sobre la acogida de carlistas en la milicia, y posteriormente la integración de guerrilleros en los cuerpos francos, que no dudaban en perseguir sañudamente a sus antiguos compañeros, insinúa que el enrolamiento era más económico que ideológico. Por los mismos motivos sería necesario analizar a qué se debe la actuación contrarrevolucionaria de los componentes de una fuerza, a la que distintos comentarios de coetáneos e historiadores, otorgan un mayor componente revolucionario que la propia Milicia Nacional, y dilucidar si su carlismo era antiliberalismo o ¹⁰ que primariamente puede definirse como una actitud antisistema, que se mantendría con el mismo lenguaje, aunque con distinto tono, y hasta qué punto de vinculación de los exVoluntarios al carlismo no empujó a otros sectores al liberalismo, más como refugio, que como plena identificación ideológica. En la Cataluña meridional, como mínimo, se produjo otra situación. Durante los primeros años de la guerra el impulso y la dirección recayó en notables locales, pero, a partir de 1836-1837, éstos desaparecen o son sustituidos mayoritariamente por cabecillas de la más estricta extracción popular, como sus subordinados, coincidiendo esto con el engrosamiento de las partidas y la radicalización de las actuaciones. Esto puede reflejar una imagen más nítida de lucha social o un simple uso de la bandera carlista para encubrir actividades delictivas, que habrían propiciado la desertión de los primeros dirigentes o su relegamiento. La pervivencia de una fidelidad militante popular, en los años posteriores, puede obedecer a la mitificación transmitida familiarmente, que presentaría, en amplias zonas, una imagen del carlismo como oponente del sistema opresor, fuera éste liberal o capitalista; por este motivo la progresiva desertión de dirigentes no tiene una continuidad equiparable en las bases más populares.

3. ¿Por qué carlistas?

Las motivaciones del carlismo activo siguen siendo una incógnita de difícil solución, tanto más cuando los textos programáticos obvian la cuestión al no plantear problemáticas concretas, sino ambiguas teorías generalizadoras. Lo que sí parece evidente es que fueron cambiando a lo largo de los años. El testimonio exhumado por P. Pascual 22, empuja a creer que las motivaciones del apoyo de campesinos y núcleos marginados de la ciudad, obedecían a reacciones muy primarias y poco elaboradas, aunque esto no excluye la presencia de un vago poso ideológico, más sentimental que razonado. Debe plantarse si el carlismo de base se identificaba con las propuestas de sus dirigentes, o si obedecía en todo o en parte a otros factores. En primer lugar, a las limitaciones operativas del gobierno liberal. Amplias zonas rurales del país, sobre todo las situadas en la montaña (la montaña decimonónica implica una ampliación del concepto por la fragilidad de las comunicaciones, que explica que se califiquen como alta montaña zonas que hoy hacen sonreír), estuvieron durante largos meses sin ver ni por asomo un soldado liberal, quedando a merced de los carlistas, quienes imponían allí impunemente su ley. Estos pueblos, fuera cual fuera su opción, no tenían otro recurso si no querían ofrecer un heroísmo inútil y estéril, que ser externamente carlistas. Ello lleva implícita otra cuestión: ¿cuántos combatientes carlistas lo fueron por plena decisión ideológica, cuántos como recurso de supervivencia al ofrecerles un suelo más o menos estable que les garantizaba sobrevivir en época de crisis, y cuántos, en fin, lo fueron contra su voluntad, en una quinta tan forzosa como la gubernamental? Resulta imposible discernir los porcentajes de voluntarios, mercenarios y forzosos, pero deben evitarse lecturas primarias. El caso vasco-navarro es en este sentido ejemplar. ¿Por qué hemos de creer que aquellos que ofrecían todo tipo de resistencia a las quintas tradicionales, aceptaron sin resistencia las de origen carlista? Si en la última guerra civil la adscripción de los soldados de quinta a uno u otro bando se debió únicamente al destino forzado por el sorteo, o, en menor grado, el de los voluntarios a su zona de residencia, otro tanto sucedió en la primera guerra carlista. Carlistas sociológicos

²² «Carlisme i societat rural, la Guerra deis Sct Anys a la Conca d'Odena». *Recerques*, 10. Barcelona, 1980. pp. 51-91. En cambio no contienen, contra lo que pretende su editor, ningún elemento de justificación de la causas reales del enrolamiento en el carlismo, los documentos como la carta de un soldado o los partes oficiales, que publica GARRALDA, I. F. «Fundamentos doctrinales del realismo y el carlismo (1823-1840)». *Aportes*, 9. 1988. pp. 24-28.

combatieron con las huestes liberales, del mismo modo que liberales y neutros se vieron forzados a incorporarse a las guerrillas.

Se ha insistido mucho en el resentido odio del campo a la ciudad, pero demasiado poco en el desprecio de la ciudad hacia el campo; hacia el campo y hacia los sectores sociales subalternos de la ciudad. Artículos publicados en el *Boletín de la provincia de Cataluña*, los primeros meses de 1834, hablan del *amor a la holganza* de los jornaleros o del descaro con que hacían ostentación de su miseria. El mismo desprecio aparece en comunicaciones de la Comisión de Fábricas. Si este menosprecio se hacía público en plena guerra civil, con la crisis social latente, cuando era urgente aunar voluntades para exterminar la rebelión, y cuando era lógico suponer que los intereses de los dirigentes burgueses habían de facilitar un discurso de camaradería con sus jornaleros para incitarles a participar a su lado en la guerra civil, no hace falta mucha imaginación para suponer que en tiempos de paz y con el orden garantizado por la autoridad, el desprecio sería mucho mayor. La animadversión del asalariado frente al burgués era recíproca, con el agravante de que el rico podía utilizar mil formas para escarnecer y humillar al pobre. Con la revuelta carlista el jornalero pudo descubrir una vía útil para vengarse de los agravios recibidos, percibir un sueldo, practicar el saqueo y disfrutar además de las bendiciones de parte de la clase dirigente rural y del clero, que actuarían a la vez de incitadores y de encubridores de la venganza.

Los distintos niveles de oposición, que comportaban una notable heterogeneidad social, compartían el enemigo, pero no los objetivos finales. Los motivos de participación de los dirigentes parecen inmediatos y fuera de discusión: la conservación de su estatus y sus monopolios privilegiados. Pero los de los combatientes populares resultan más oscuros y confusos, porque eran menos racionalizados y más diversificados. Su fidelidad inicial fue mucho más débil, como lo traducen las constantes inflexiones de la facción, con momentos álgidos en épocas de especial penuria, y otros bajos cuando era más fácil la supervivencia o más fuerte la presión liberal. Tampoco podían coincidir en un todo los motivos de los desertores, que en un primer momento sólo aspiraban a soslayar la incorporación al ejército, los de los delincuentes, fueran contrabandistas o ladrones, que buscaban sólo cobijo ideológico, y los de los parias sociales que necesitaban urgentemente garantizar el sustento. La ausencia de justificaciones políticas, en los escasos testimonios conocidos, no se debe sólo a la ignorancia o a la incapacidad de formularlas, sino que obedece esencialmente a la realidad, a su ausencia estricta; en cambio formulan denuncias contra los *señores* y los *ricos*, a quienes acusan de engañar

y explotar al pueblo, con un lenguaje muy radical. La falta de auténtica comunión profunda de ideales con notables rurales o clérigos, la refleja el hecho de que aquéllos tampoco se libren de saqueos, robos y otras coacciones, como tampoco se libran edificios religiosos, pues pesaba más su riqueza que la aparente alianza.

Entre los elementos que pueden justificar la incorporación de los sectores populares al carlismo activo destacan: la presión ejercida por parte de los notables locales y de los clérigos, con las limitaciones antes apuntadas, posible por la suma del prestigio social y la capacidad de chantaje económico. La protección que los primeros incorporados recibieron de las autoridades municipales (en realidad los mismos notables locales o sus hombres de paja), encubriendo su participación, al eludir la elaboración de las listas de facciosos solicitadas por las autoridades superiores, con lo que en la práctica, la participación guerrillera quedaba impune, mientras eran reales los beneficios económicos que de ella derivaban; una situación facilitada por las limitaciones gubernamentales para controlar, proteger y castigar. La aversión contra las quintas, con largos años de servicio militar, las condiciones de vida ínfima y el alejamiento de la tierra natal, que hacía preferir la participación en las partidas, con mayor libertad de movimiento y habitualmente en lugares próximos al domicilio lo que permitía mantener buena parte de la vida normal, con la excepción vasco-navarra donde eran los carlistas quienes quintaban. La actitud contraria a la quinta era general en toda España: un artículo oficial hablaba en 1334, refiriéndose a Mondoñedo, que *con frecuencia los mozos de aquella provincia arrancándose los dientes y cortándose otros los dedos de la mano intentaban sustraerse con tan bárbaros medios del honroso servicio de las armas*; si se prefería la mutilación al ejército no debe extrañar que los mozos optaran por enrolarse en las partidas; el retrato robot de los carlistas catalanes en 1833-1835 es mayoritariamente el del joven soltero en edad militar. La mejor oferta económica y de libertad, representada la primera por la soldada y la participación en los saqueos o execuciones, y la segunda, por el carácter de fuerza irregular abierta que tuvieron en la mayor parte del territorio. La actuación de las autoridades liberales, que imponían contribuciones extraordinarias en dinero o especie; que castigaban duramente a los familiares de los combatientes carlistas con prisiones, multas y confiscaciones; que ordenaban talas masivas de bosques y cañaverales; que reglamentaban el traslado a lugar seguro de los hombres útiles en caso de acercarse la facción (en realidad una deportación encubierta); que toleraban el pacto del hambre con los familiares de los facciosos, entre otras medidas, pudo empujar a gente ambigua o vagamente simpatizante a sumarse a la facción para evi-

tar penalidades mayores. Como también pudo incitar a empuñar las armas en un inmediato deseo de venganza, la vesania de distintos jefes liberales que practicaron ejecuciones masivas de prisioneros, hecho que, si bien era compartido por los carlistas, ofrecía una diferencia fundamental: mientras las víctimas carlistas podían ser soldados de quinta procedentes de tierras lejanas, las liberales eran mayoritariamente de la comarca y, por tanto, la reacción de sus deudos y amigos mucho más inmediata y en caliente, contra los responsables de la muerte que intentaban vengar. Unido todo ello, en el campesinado, a la pérdida definitiva de la participación en los bienes comunales, y en el artesanado, a la ampliación de competencia desigual que significaba la liquidación de los gremios. He intentado en otro lugar documentar, sobre fuentes geográficamente limitadas, estas afirmaciones que se deberían contrastar con estudios monográficos, a base de fondos municipales o comarcales, para ratificarlos o introducir matices. Para el correcto conocimiento sobre quienes formaban las bases es imprescindible el vaciado exhaustivo de los libros parroquiales de óbitos, de las listas de acogidos a indulto, las de prisioneros o las de incorporados a la facción y las que pueden suministrar fuentes consulares como ha evidenciado Rodríguez Moñino²³. La consulta de los libros parroquiales, con la de otras fuentes complementarias, permitirá establecer el costo humano de la guerra, quizá la más cruel de las que han asolado la península, porque en amplias zonas no fue una típica guerra de ocupación, sino que el control del territorio era cambiante en extremo, lo que facilitaba sangrientas y reiteradas venganzas. Como para conocer las causas de incorporación son imprescindibles, además de los escasos testimonios personales inéditos, la localización de las actas de indulto, a pesar de su evidente mediatización.

La mayoría de los últimos estudios publicados sobre el primer carlismo tienden a profundizar en esta dirección, acotando zonas limitadas, pero no insignificantes, que permiten un trabajo de acercamiento en profundidad a la problemática latente detrás de las retóricas grandilocuentes. Son especialmente destacables los de V. Fernández, Jesús Millán, I. Agirreazkuenaga o I. M. Ortuño²⁴. A. Bullón de Mendoza y F. Asín han dedicado su atención al papel de las clases privilegiadas, especialmente en su libro *Carlismo y sociedad*

²³ *El exilio carlista en la España del XIX (Carlistas y «demócratas revolucionarios»*. Madrid, 1984. Un estado del total de exiliados en Francia en 1840, en BULLÓN, A. «Memoria histórica del partido carlista». *Aportes*, 5. 1987, pp. 5-6.

²⁴ Véanse sus aportaciones en el volumen ya citado *Carlisme i moviments absolutistes*, con referencias a trabajos anteriores.

(1833-1840)²⁵, que evidencia la postura ecléctica, o liberal pasiva, de la mayor parte de la alta nobleza. A pesar de todo, el peso de la tradición continúa aflorando como lo demuestra el reciente libro (1990) de J. M. Mundet, *La primera guerra carlina a Catalunya*, que entre otras virtudes ostenta la de estudiar un conflicto bélico con un solo contendiente, el carlista, con una lectura aparentemente neutra, pero altamente sesgada, que continúa induciendo a una interpretación maniquea del conflicto.

²⁵ También BULLÓN, «La nobleza titulada y don Carlos». *Aportes*, 1. 1986. pp. 3-11. AsIN. «La Iglesia española ante la primera guerra carlista», id., pp. 29-40, el último con notables omisiones, como la del papel jugado por el arzobispo de Tarragona, Eehanove, y ambos mediatizados por un mal encubierto filocarlismo.